



Boletín Radar Junio 2008/2

Editorial

Ana Eugenia Viganó

Estimados lectores:

Cerca de concluir la primera parte del año calendario, terminando los ciclos lectivos y asomándonos a las vacaciones veraniegas, queremos compartir con ustedes una edición más de nuestro RadarALEP.

Estamos muy contentos de que el espacio de comunicación que se abrió con nuestra propuesta haya sido tan bien recibido. Nos sentimos complacidos, pero a la vez comprometidos, porque creemos que tanto los lazos de trabajo que se renuevan en cada lectura, como los que se gestan y crean gracias a ella, son una base propicia y auspiciosa para el psicoanálisis que nos convoca.

Les informamos que nuestro RadarALEP se tomará unas semanas de vacaciones, y retornará con su frecuencia habitual a partir del mes de septiembre. Hasta entonces nos reencontraremos.

Entretanto, para cerrar esta etapa del año, hemos elegido el texto "**Del psicoanálisis y las psicoterapias**", escrito por **María Hortensia Cárdenas**, actual presidente de la NEL (**Nueva Escuela Lacaniana**)[\[1\]](#), desde el cual se nos invita a reflexionar acerca de lo que diferencia al psicoanálisis de otras propuestas terapéuticas. Si como dice Lacan *"un psicoanálisis, tipo o no, es la cura que se espera*

de un psicoanalista" y, más allá de los conocimientos que el psicoanálisis lega a la cultura general y a la sociedad en su conjunto, es una posición ética la que define a un psicoanalista[2], el presente texto dará testimonio de un recorrido sobre aquello que hace que el psicoanálisis no sea "una terapéutica como las demás".

Les enviamos nuestro saludo siempre cordial y les deseamos un muy buen descanso.

Ana Viganó

Moderador **Radar ALEP**

1. NEL, Nueva Escuela Lacaniana de la región andino-caribeña creada por la asociación Mundial de Psicoanálisis, se inscribe en el movimiento de reconquista del campo freudiano lanzado por Jacques Lacan.
2. *"Se trata ciertamente de un rigor en cierto modo ético, fuera del cual toda cura, incluso atiborrada de conocimientos psicoanalíticos, no sería sino una psicoterapia."* Lacan, J. Variantes de la cura tipo. Escritos I, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires: 1988, p. 312.

Del psicoanálisis y las psicoterapias

María Hortensia Cárdenas

Mientras las psicoterapias se despliegan en función de supuestos ideales sociales de adaptación e identificación comunitaria, el discurso del psicoanálisis produce su diferencia orientado por lo real del síntoma para cada uno.

No hay clínica sin ética

Las psicoterapias, que deben al psicoanálisis su certificado de nacimiento, acogen las prácticas más variadas; unas tienen como finalidad rectificar el yo consciente de los sujetos y devolverlos a las normas sociales, otras buscan dominar las emociones para evitar los desbordes y se dedican a enseñar habilidades sociales y de conducta. El discurso médico, por otro lado, promete la cura y la felicidad por medio del fármaco; las causas se remiten a la herencia o a lo congénito y la responsabilidad del sujeto ?así como la del propio médico frente a él- pueden de ese modo ser elididas: la responsabilidad se endosa a los avances o los atrasos de la ciencia y "el factor humano" interviene únicamente cuando se trata del "error".

En suma, existe un sinnúmero de técnicas terapéuticas, ofertas masivas de tratamiento, que pasan por la sugestión, la educación, la gimnasia, la manipulación, técnicas de autoayuda, grupos de apoyo, políticas de laboratorios y otras, técnicas cada vez más variadas y numerosas ofertadas con descaro y demandadas con la esperanza de conseguir algún consuelo o remedio para el sufrimiento subjetivo.

Hoy en día los ideales han cambiado, algunos ya no valen más o se han pervertido en un sin número de casos. En muchas situaciones el ideal de nuestra época se reduce a un ideal de funcionamiento eficaz. Las instituciones mantienen un discurso que apela a la norma, al orden, en un intento por acallar el malestar, por mantenerlo al filo de su expresión. Y, sin embargo, las normas fallan. Es lo que encontramos en una de las obras mayores de Freud, "El malestar en la cultura": cuanto más se intenta poner un límite a ciertas satisfacciones, cuanto mayor es la opresión que ejerce una sociedad sobre los individuos que la integran, mayor es la trasgresión que ella provoca. La propia corrupción es, desde cierto ángulo, el fruto de un sistema que produce impasses sin reconocerlos como tales, menos todavía como inherentes a él mismo; razón por la cual, el círculo vicioso no pareciera tener salida. Ante esta situación la respuesta es un discurso identificatorio -"sea razonable, actúe según su bien y de acuerdo a la norma"- que no pacifica, que

fracasa en resolver el enigma del goce y continúa dividiendo al sujeto porque el síntoma insiste.

Desde un inicio el psicoanálisis se diferencia radicalmente de otras terapéuticas que, apoyadas en el discurso científico, se limitan a describir, observar, clasificar, experimentar y concluir estadísticamente, para todos igual. Desde esta perspectiva no se toma en cuenta la particularidad para hacer emerger al sujeto mortificado por su síntoma.

Los nuevos síntomas son modos de respuesta al malestar en la cultura; las toxicomanías, anorexia, bulimia, ataques de pánico, depresiones, stress, violencia generalizada, delincuencia, conducta antisocial, fracasos escolares, adicciones, demandas terapéuticas de urgencia, etc. son acogidos por una variedad de terapias alternativas, prácticas específicas para su tratamiento, en comunidades y redes solidarias que solo ponen en evidencia el aislamiento y la soledad. Reducen al síntoma a un desorden de la época y proponen los lugares de identificación comunitaria. Las psicoterapias saben de la exigencia del discurso social de ser

productivo y ofrecen una respuesta en este sentido. Sin cuestionar esta demanda social y los ideales que la acompañan, de los que los mismos psicoterapeutas se hacen objeto sin saber, plantean un ideal terapéutico que, cuando no conduce al fracaso por la reaparición del síntoma, reduce la vitalidad del sujeto al que se le ha colgado una etiqueta diagnóstica que habrá de cargar por el resto de su días. Así, diagnóstico y tratamiento le habrán impuesto una nueva cárcel. Son prácticas que terminan atrapadas en la rigidez de sus normas y en el retorno de lo reprimido. Se paga caro el precio de estas terapéuticas porque facilitan la identificación alienando mucho más al sujeto. Se cierra la posibilidad de que se pregunte por lo que le sucede y que se responsabilice de su deseo.

El psicoanálisis de orientación lacaniana se distancia y se diferencia de todas estas técnicas y prácticas terapéuticas que excluyen al goce y al sufrimiento implicado en el síntoma. El malestar de un sujeto y la clínica nos llevan a plantearnos siempre al síntoma en el centro de toda nuestra práctica. El psicoanálisis se dirige a lo real del síntoma, del síntoma concebido como lo más propio del sujeto. Si la práctica se centra en lo singular del caso, no puede estar delimitada por patrones pero sí por principios, tal como Lacan lo formalizó en su artículo "La dirección de la cura y los principios de su poder". En eso radica la ética del psicoanálisis.

Los poderes de la palabra

Las psicoterapias hacen uso del poder de la transferencia por medio de la sugestión o cualquier otra desviación. Imponen un sentido al malestar que hacen tomar como el buen sentido. Es un discurso que indica lo que hay que decir y lo que hay que hacer. Por el psicoanálisis se sabe que la escucha opera, sólo que el psicoanalista y el terapeuta no hacen el mismo uso del poder de la palabra.

El psicoanálisis y las psicoterapias reconocen la existencia de una realidad psíquica, punto de encuentro de la causa de los trastornos que afectan al psiquismo. La gran pregunta, que hace a la diferencia, es cómo operar sobre la realidad psíquica para producir un cambio.

Toda psicoterapia funda su actuar en la incidencia de la palabra del Otro. Es decir, hay un Otro que dice lo que hay que hacer; el sujeto que sufre obedece a este Otro y espera su aprobación. Este es el principio para todas las psicoterapias y, en este sentido, son terapias de la imagen de sí, que buscan restituir al yo las funciones de adaptación y dominio bajo la supervisión del que se presenta como modelo. Así, este doctor del remodelamiento no es más que una suerte de amo disfrazado. Con este método, la identificación con el amo está asegurada. Aquel que se presenta como teniendo perfecto dominio sobre sí mismo y sobre los

deseos, tiende a ocupar el lugar del Ideal; el hecho mismo de la palabra que se le dirige y de la palabra que se devuelve constituye su poder para actuar sobre el otro. La transferencia misma implica la concesión de un poder al médico, analista, psicoterapeuta o cualquiera fuese la especialidad de aquel a quien se habla sobre lo que se padece. El asunto en cuestión es, dado ese poder, ¿cómo habrá de usarse? Un psicoanalista sabe que si tiene algún poder sobre el paciente, éste no será para ser usado sino para favorecer el desciframiento de lo inconsciente, para permitir que una cura posible advenga, nunca para imponerla desde el modelo o el ideal. Por eso se abstiene del poder de la sugestión que la palabra misma le otorga.

Después de Freud los psicoanalistas han definido al psicoanálisis como una terapia por identificación. Jacques Lacan cuestiona tempranamente esta práctica y rechaza esta postura. Rechazar ser el amo se sostiene en la ética del psicoanálisis y del deseo del psicoanalista.

Hay que decirlo claramente, el psicoanálisis ubica el movimiento del psiquismo en el inconsciente. El analista, atento al discurso, toma en cuenta las formaciones del inconsciente, los lapsus, los equívocos, los sueños, esas manifestaciones extraordinarias del inconsciente que hay que saber atrapar. Las psicoterapias, en cambio, toman en cuenta el discurso consciente, las representaciones que el paciente hace de sí mismo y del mundo que, sin duda causan sufrimiento, pero no son la vía para producir un cambio.

Tomemos el caso de un paciente que se presenta como depresivo, que se identifica como tal. El terapeuta buscará cambiar la manera como el paciente percibe el mundo transmitiéndole los valores que él juzga necesarios para funcionar en el mundo de hoy. Es decir, el terapeuta se ofrece a sí mismo como un modelo de identificación y no toma en consideración la causa del malestar y, vía la sugestión, superpone una manera nueva de ser en el mundo.

Si el terapeuta postula "yo sé lo que tienes, sé lo que te falta, sé lo que necesitas", entonces cierra la puerta al análisis. Si se rechaza esta postura, se abre la

dimensión propiamente analítica del discurso. El analista se posiciona desde un lugar de no saber y por eso el sujeto debe hablar. No prejuzga lo que le hace falta al paciente. Es la vía por la que el sujeto debe transitar para encontrar el deseo que lo causa de manera singular, más allá de la identificación. Hay que saber que ninguna identificación satisface a la pulsión y la clínica pone en evidencia la insistencia del síntoma y los fracasos por dominarlo. No se trata para el analista de adaptar al sujeto a una realidad que no es más que su manera de acomodarse en la vida, ni de restituir en el paciente un modo de disfrutar y regular la vida porque nadie guarda los secretos de La Felicidad; pretenderlo sería una farsa. El analista no es tampoco el representante del principio de realidad; está allí para que la realidad psíquica ?que es la que cuenta cuando se trata de la subjetividad- se presente y se represente.

Hace falta que el analista esté habitado por un deseo más fuerte que el deseo de ser el amo. El analista no tiene una respuesta previa y no puede estar tomado por prejuicios, ser agente de algún discurso establecido, ni estar al servicio de otra finalidad diferente a la operación analítica.

4

"El psicoanálisis no es una terapéutica como las demás"

Esta afirmación de Jacques Lacan en "Variantes de la cura tipo". (en *Escritos 1* precisa, por un lado, que el psicoanálisis tiene un valor terapéutico, dimensión abierta por Freud desde sus primeros casos de histeria; por otro lado, se diferencia de otras prácticas terapéuticas por el uso degradado de la experiencia y la falta de rigor en su práctica. Si los conceptos fundamentales del psicoanálisis incluyen una dimensión ética es debido a la naturaleza misma del campo de la experiencia de que se trata. Se hace necesario orientarse en la dirección de la cura por unos principios y conceptos fundamentales con los cuales demostrar su eficacia terapéutica y los resortes de su acción. Sin principios y sin ética el psicoanálisis se degrada a un mero psicologismo.

Si bien el psicoanálisis comparte con algunas psicoterapias el uso de la palabra como instrumento en la cura, la diferencia no reside en la duración del tratamiento, en el uso del diván o de la asociación libre, el tiempo de la sesión, o en los diplomas de estudio de cursos en psicoanálisis. Lo que marca la separación con otras terapias de la palabra es la dirección de la cura, es decir, la manera como el analista dirige, no al paciente, sino el tratamiento, especialmente en relación a la transferencia, la interpretación y el deseo del psicoanalista. Examinaremos brevemente en qué consisten estos principios.

La medicina y la psiquiatría, sobrepasada por las neurociencias y las técnicas cognitivo-conductuales, consideran al síntoma como una anomalía que hay que eliminar. ¿Cuál es la política del psicoanálisis diferente de la identificación como proponen las psicoterapias y otras orientaciones psicoanalíticas? Todo depende de cómo se interpreten los síntomas y la cura que se proponga. El psicoanálisis de orientación lacaniana, antes que erradicar el síntoma, busca esclarecer su función.

Toma en consideración al síntoma como una respuesta que el sujeto ha encontrado para hacer frente a lo real, a lo imposible. El síntoma considerado como una respuesta deviene como necesario para el sujeto, singular para él, radicalmente único, y no un síntoma social. La clínica demuestra que el síntoma es insistente, tiene un estatuto reactivo al Otro porque se basta a sí mismo, sólo busca satisfacerse. Por eso es que no es suficiente descifrarlo, hay que poner en consideración la articulación entre el síntoma y el goce implicado. Lo paradójico del síntoma es que no se pone bajo control esclareciendo su sentido. Más allá de su envoltura

formal, el síntoma como sentido no cesa y muestra su vertiente imposible e inaccesible. De ahí que en la experiencia analítica el síntoma deba encararse desde los sentidos y sinsentidos que ha tenido en la vida del sujeto hasta lograr lo que Lacan definió como un "saber hacer con él".

Tenemos un sujeto que sufre. Buscamos la causa del malestar para establecer una dirección de la cura. Esta simple operación ubica nuestra práctica en el caso por caso. Toma al sujeto en la división de su ser y toma en cuenta la demanda del paciente que dice "no sé lo que tengo". El discurso científico excluye a la causa subjetiva en su tratamiento y establece una cura para todos iguales en base a pretender conocer, saber las razones del malestar. El psicoanálisis, en cambio, toma en cuenta la íntima relación que existe entre causa y cura. Efecto y causa en apariencia están separados y se crea un vacío de saber. Se trata entonces

de esclarecer la causa.

El sujeto no sabe lo que le ocurre, pero al dirigirle la pregunta al analista establece ya una suposición de saber inconsciente. Establece la posibilidad de encontrar una respuesta a la pregunta por la causa del sufrimiento, respuesta que va a aparecer en los dichos del sujeto. El sujeto dividido entre su falta de saber consciente, pero lleno al mismo tiempo de respuestas que, sin embargo, le han servido muy poco hasta el momento, se dirige a quien supone sabe. La transferencia entra en juego cuando alguien le supone un saber a otro. En sí misma la transferencia es esta atribución de saber.

El analista se orienta por el deseo y este deseo es, en suma, conducir un análisis hasta llevarlo a su término. Se hace necesario destacar el valor de "principio soberano" que Freud le adjudicó a la abstinencia del analista. Este principio apunta a no ofrecer ningún sustituto a la demanda para que lo inconsciente pueda desplegarse; no responde, por ejemplo, accediendo a la demanda de ser amado que el analizante le dirige ni tampoco, demanda algún afecto a sus pacientes. Lo que no quiere decir en absoluto que no se tengan en cuenta los sentimientos sino que éstos, antes que ser respondidos, han de ser escuchados. Son los efectos de

una historia que se relata y, en ese sentido, son una guía, pero todos sabemos también que, muchas veces, los sentimientos son engañosos. Por eso de entre todos, Lacan destacó la angustia; ella, la angustia, no engaña, es real.

La neutralidad del analista también fue puesta en juego por Freud al indicar que no debe guiarse por sus prejuicios en el momento de la interpretación. Lacan luego explicaría a la contratransferencia como la "suma de todos los prejuicios del analista". El analista se abstiene de toda comprensión emocional y de establecer una relación de empatía intersubjetiva porque sabe que lo único que debe entrar en el proceso es el inconsciente de su analizante y no el suyo. En otras palabras, deja de lado sus opiniones y sentimientos personales para no obstaculizar la asociación libre del analizante ni la atención flotante que debe mantener; debe procurar la buena escucha de ese modo específico de decir que tiene el único que cuenta en la situación: el analizante.

5

El análisis es una experiencia del lenguaje y no una experiencia entre dos, emocional, confusa, confinada a los problemas del registro imaginario.

El analista se presta en la transferencia para producir un saber. Amor y saber van de la mano pero solo en la medida en que un sujeto pueda aventurarse, desde el amor al saber ?lo que no es otra cosa que amar al que se supone que sabe- hacia un deseo de saber. Se trata, entonces, de favorecer en cada uno el acceso a lo que puede saber sobre sí mismo y lo que lo rodea, en vez de contemplarlo solamente. Es la vía, por la que algo del deseo podrá reintroducirse en el sujeto.

Es decir que partimos de la transferencia y operamos de tal modo que tenga efectos en lo real para atrapar así algo del goce. El deseo del analista opera abriendo un espacio inusitado para el discurrir de la palabra, para la elaboración de un saber nuevo y producir una rectificación subjetiva.

El psicoanálisis más que un tratamiento es una experiencia del inconsciente, de la palabra que permite la resolución de un problema. La experiencia psicoanalítica produce una relación nueva entre el sujeto y su síntoma. Por eso es que el psicoanálisis es eficaz, sólo el psicoanálisis produce efectos que cambian. No hay otro modo, otro artificio que produzca una transformación subjetiva ni otro profesional que pueda hacerlo.

- Fuente digital: <http://www.eol.org.ar/virtualia/012/pdf/cardenas.pdf>